

Elegía a un soldadito muerto en una revolución sudamericana

—Envío del autor—

A Alfonso Reyes

Yo te ví, soldadito muerto,
cuyo nombre no sé.
Tendido estabas en la esquina de mi casa, ¡qué tranquilo!
Parecías borracho que amanece un lunes sin ganas de trabajo.
Solito, desamparado, con qué ternura te abrazabas al fusil!
La mañana llena de pájaros ¡el mar cantando bajito . . .

—Es Juan, el carpintero, dijo un mulato,
¡la Iracema nada sabe! . . .

Juan: no has aserrado tu cajón,
¡ahora te van a enterrar en la tierra pelada.
Mejor! Así te convertirás en seguidita en flor,
en pájaro, en café . . .

Yo te ví. No se me olvidará tu cara amarilla,
tu uniforme caquí, tu chalina sucia. ¿Te habían robado el
espadín?

Los hombres charloteaban como moscas,
¡yo era una mosca más
al pie de tu cruz, carpinterito del Brasil.
Pero no hagamos poesía. No había cruz.
2 ladrones, quizá. 3 ladrones, quizá. Yo también fui a robar
el dolor sin consuelo de tu cara en mi pañuelo.

Tendido sobre el asfalto; como una cáscara de plátano,
servías para que las moscas dijeran, eruditas:

—Pobre! Parece que la bala le ha entrado en un pulmón.
(Allí debe estar como una abeja
junto al polvo de aserrín que respiraste en la vida . . .
Si no fuera barata ¿estaría en tu dedo esa sortija?)

Tú nada les decías. Ni siquiera mirabas a esta Señorita
que se miraba en su espejito mientras decía:—Pobrecito!
¿Quién sería el malvado que lo mató?

(Ha comparado con la tuya, con barba de 2 días
su cara tan bonita).

Pero tú fumabas impasible
un hilito de sangre como el puchito de Carlitos.

No acusabas a ninguno! ¡ todos te hemos matado, soldadito!

Ah, qué ganas tenía de sentarme en el suelo a tu lado,
llorar unas lagrimitas triviales, como un compadrito de jerga,
¡y conversar:—Amigo carpintero, hoi estábamos de farra
con la Iracema ¡y sus amigas, aquellas morenitas . . .

Bueno: se acabaron los celos con el zapatero Domingo,
definitivamente te has curado aquella tosesita.

Has muerto. ¿Sabes? ¡Has muerto! ¡ sin hacer aspavientos,
sin decir 7 palabras, sin Magdalenas, sin Marias,
¡ estás aquí sin esperanza de un Tercer Día.

Has muerto, esto es todo. Has muerto sin porqué? En nombre
de qué?

Para redimir a quién, soldadito, carpinterito?

Alberto Guillén

Santiago, 1931. (Aumada 351).

Manifiesto de los intelectuales de Chile al país

= De El Diario Ilustrado. Santiago de Chile. =

De nuevo le sentimos el pulso a
Chile. Cartas nos llegan. Hay una de
Julio 21 que nos dice:

Amigo García Monge, parece que, por
fin, cae la tiranía en Chile. No ha sido
abatida por la fuerza, sino por el desastre
financiero. El tiranuelo llamó a sus ene-
migos a formar Gabinete, y éstos comen-
zaron por exigirle el retorno al régimen
legal, con todas sus libertades.

Reflejo de la libertad de prensa, que nos
faltó 6 años, es el manifiesto que aquí le va
en recorte.

Hay otra que dice:

El país se ha endeudado en cinco mil
millones o sea en mil millones por año des-
de 1927 en que ingresaron los militares al
Gobierno. Desde la independencia debía
sólo mil millones hasta 1927. Estos datos
son más o menos; en el manifiesto al país
de los intelectuales verá usted el cuadro pa-
voroso con precisión. ¿Se lo mandaron?
Procuraré enviarle uno hoy en otro sobre.
La cobardía en todo este período de dicta-
dura ha sido grande. Por miedo no fir-
maron el manifiesto los empleados fiscales
más o menos contaminados por la dicta-
dura.

Dentro de poco saldremos de esta dic-
tadura y volveremos con gran sacrificio
a la normalidad.

El grupo de escritores firmantes cumple
con un deber de ciudadanía al saludar la

vuelta al régimen de las libertades públi-
cas. Creemos que los intelectuales del país
no pueden permanecer indefinidamente al
margen de la vida política, y que si quere-
mos dar a nuestras instituciones la esta-
bilidad necesaria, a fin de evitar la repeti-
ción de un régimen de fuerza, debemos
todos expresar serena y claramente nues-
tra opinión acerca de sus deberes y dere-
chos, haciendo así efectivos los principios
teóricos sobre los cuales fue fundada esta
república.

Hemos vivido los últimos cinco años no
tan sólo sin poder hablar con claridad, sino,
además, sin poder ver claro tras el velo de
la censura. No pudimos decir lo que sen-
tamos, ni nos dejaron ver la extensión de
los males que presentamos ya. Las conse-
cuencias de esta política las vemos en los
desastrosos resultados de la crisis moral,
económica y fiscal en que nos hallamos su-
midos.

Con toda la fuerza de nuestro espíritu
negamos que esta crisis sea puramente eco-
nómica, o que sus causas puedan ser atri-
buidas exclusivamente a una depresión
mundial. No; los males que sufrimos pro-
viene en su mayor parte de errores que
pudieron ser evitados, de falta de previsión
y de experiencia, de la ausencia de una po-
lítica definida y de haber dado hasta hace
poco la preferencia en el Gobierno, no a los
más capaces, sino a los más dóciles. De
consiguiente, nos corresponde puntualizar
sus causas inmediatas en el propósito de

precavernos contra la posibilidad de una
repetición de las mismas falacias y errores
que hicieron posible el abandono del régi-
men civil de gobierno.

Pero, ante todo, pedimos que se mantenga
efectiva la libertad de prensa, la liber-
tad de opinión hablada o escrita, sin lo cual
la Constitución del Estado seguirá siendo
letra muerta, y continuaremos expuestos a
que volviera el divorcio entre los actos del
Gobierno y la voluntad del país. Es pre-
ciso que los ciudadanos que tienen ideas o
experiencia de los asuntos del Estado pue-
dan presentarlas libremente al Gobierno y
ante la opinión.

Tenemos la convicción de que todos
nuestros compatriotas verán en nuestros
nombres y en la obra que hemos podido rea-
lizar como escritores una garantía de que
no nos agrupamos hoy para favorecer la
vuelta de la reacción o de la demagogia.
Creemos que le corresponde a Chile elabo-
rar su propio destino de acuerdo con sus
propias necesidades, y que la ley, libre-
mente discutida y justamente aplicada, bas-
tará para regenerar nuestra vida política
y restablecer nuestra dignidad de ciudada-
nos. En esta obra de ilustrar la conciencia
del pueblo y poner a su alcance los compli-
cados problemas de gobierno, los escritores
tienen un deber que a ningún otro puede
entregarse con mayor confianza en una de-
mocracia liberal.

Al amparo de la censura y de la suspen-
sión de las garantías individuales, los pla-